

» Dios es corpóreo. » Y bien, ¿ cómo es posible que al oír una aseveración tan decidida, despues de una erudición tan pomposa, no lleguen á persuadirse así los incautos y sencillos lectores, que acaso jamás habrán visto los escritos de alguno de los Padres? Por otra parte no se trata de una cosa leve, sino de un error que destruiría en un todo los Misterios, y hasta los fundamentos todos de la Religion. Y si muchos, y muchos Padres de la Iglesia en los primeros siglos hubieran enseñado tal impiedad, ¿ qué se debería pensar de los pueblos, qué de la tradición, y qué de la Iglesia? Sin embargo, así lo pronuncia Voltaire, mas con una impostura solemne; porque, como en otra parte se ha dicho, lo único que sabemos despues del mas exacto exámen de los monumentos antiguos, es que el error de un *Dios corpóreo* se atribuye en aquellos siglos á *Meliton, Obispo de Sardes*: que de la mente de *Tertuliano* se disputa, y en *Lactancio* se hallan expresiones bastante equívocas y ambiguas. Todo el coro de los Doctores y del pueblo cristiano ha reconocido siempre y adorado á su Dios como un *espíritu inmortal é invisible*, y ha detestado altamente el grosero error de los *Antropomorfitas*, que aparecieron en un ángulo del Asia en tiempo de Teodosio. Y he ahí aquellos muchos y muchos Padres de los primeros siglos de la Iglesia, que en sentir de Voltaire creyeron *corpóreo* á Dios. ¿ Qué audacia, ó qué simplicidad no es menester para escribir de esta manera?

VIII. *Digresion sobre las dos últimas obras de Voltaire. Su carácter.*

Pero de este carácter osado é impudente, que ya pudiera en él llamarse natural, ha dado Voltaire repetidas pruebas en sus dos últimas obras tituladas: *Diccionario filosófico portátil*, y *Filosofía de la historia*, que aunque no lleven su nombre, la voz pública se las atribuye á él, como en todo semejantes á sus otras producciones; y que á la verdad no son mas que una *rapsodia*, ó zurcido miserable de sofismas y sarcasmos contra la Religion. Segun sus muchos años podrán ser los últimos abortos de su vejez, ó para expresarnos con las palabras de

Rousseau<sup>1</sup>, las últimas arlequinadas ó *mosas truanescas de su decrepitud*. Verdaderamente asombra, y muchos no pueden leer sin admiración el fanatismo de este hombre, que incansablemente vuelve y revuelve contra Dios, y casi en todos sus escritos poéticos, históricos ó filosóficos, á propósito ó sin él, lo hace caer siempre é introduce la Religion. ¿ De dónde nace, se preguntan asombrados, en este hombre semejante furor? Si no nos engañamos, Montesquieu en uno de sus rasgos vino á dar la solución á este enigma. *El hombre religioso y el ateo*, dice<sup>2</sup>, *hablan continuamente de Religion: el uno habla de lo que ama, y el otro de lo que teme*. Ciertamente no creemos hacer á Voltaire alguna injuria, ni desagradarle tampoco excluyéndole de la primera de estas clases. Será pues por consiguiente uno de los *que hablan siempre de Religion, como de cosa que temen*. Así es en verdad: siente el peso de esta enemiga poderosa<sup>3</sup>; y sus sarcasmos perpetuos se dirigen á librarse de ese temor. Mas no se vale para eso de un sistema fijo, ó algun nuevo aparato de razones nunca oídas; no es él hombre para tanto. Ya cuando escribió contra Descartes que nuestra *alma no está pensando siempre*, hubo quien escribió contra él, que el *alma de Voltaire no pensaba nunca*; y últimamente Rousseau puso en su boca cierta confesión justa y verdadera, en la cual reconoce y declara ser cierto haber vomitado contra la Religion los mas sacrílegos dictérios é impías bufonadas, pero protestando juntamente *que no raciocinaba ni poco ni mucho*<sup>4</sup>. Todos sus libros testifican esta confesión; pero los dos últimos geoméricamente la confirman. Estos, aunque bajo títulos diferentes, no son en realidad mas que una mezcla confusa, ó un conjunto de sofismas y de objeciones tomadas aquí y allí de diversos pasajes de los libros de los libertinos, dispuestas en el *Diccionario* por orden alfa-

<sup>1</sup> Lettr. 5, écrit. de la Montagne. 2 *Esprit des lois*, lib. 25, c. 1.

<sup>3</sup> De ahí su furor en llamarla con el mismo dictado que á su divino autor; y no cerrar una de sus cartas á los iniciados y discípulos sin excitarlos á perseguirla con furor, y sus deseos furibundos de verse morir sobre un monton de cadáveres de fieles ó devotos; furor de que tanto han participado sus discípulos. Véase el t. 1 del *Ensayo*, pág. 150. — <sup>4</sup> *Cartas de la Montaña*, carta 5.



bético, y en la *Filosofía de la historia* por capítulos, salpicados todos de cuentos ridículos, llenos de amarga hiel, malignamente lanzados contra lo más venerable y más santo. Confieso que á primera vista se me ofreció al pensamiento lo que escribe un anónimo francés acerca de estos semisabios importunos, que con su libertinaje infestan la tierra en nuestros días; á saber, que su sabiduría consiste en haber estudiado en cada cuestión las objeciones hasta la respuesta exclusivamente<sup>1</sup>. En efecto así son los libros de Voltaire. En una parte trastorna el estado de la cuestión; en otra no expone los fundamentos sobre que está apoyada la verdad; y en otra no hay de cada punto sino las *objeciones hasta la respuesta exclusivamente*. ¡Libros por cierto singulares! ¡admirable escritor! ¡qué prodigiosos adelantamientos harán los discípulos y discípulas<sup>2</sup> de tal maestro! Llegarán puntualmente á ser los semi doctos que describe el anónimo francés, tanto más miserables y despreciables aun en el concepto de los ignorantes, cuanto es peor saber necedades, que no saber cosa alguna.

Con todo eso si nuestro autor no satisface á las objeciones que dolosamente se propone, no le creo por eso tan poco instruido, que no sepa por lo menos que realmente hay respuestas con que satisfacer. ¿Cómo es posible ignore que todo cuanto escribe contra nuestros misterios, ritos y las divinas Escrituras, ó contra otros gravísimos puntos de Religión natural y revelada, ha sido ya de propósito examinado y disuelto mil veces por los apologistas de la Religión contra otros incrédulos que habian repetido anteriormente las mismas objeciones? A veces, es verdad, tiene pensamientos originales, que no me acuerdo haber leído en ningún otro escritor. Mas lo que hace al conjunto de objeciones que produce, no pudo ignorar que en cien autores y en cien libros está demostrada su futilidad é ineptitud. Con solo reflexionar que muchas de ellas se oponen entre sí, y recíprocamente se destruyen (que es lo que sucede á quien escribe, ó por decirlo mejor, á quien copia atolondradamente) po-

<sup>1</sup> *Cartas filosóficas* en que se refuta el deísmo. Carta 41.

<sup>2</sup> Que también las hay.

dia entrar en razón. Pero él huye de esta luz: no quiere entender para no obrar bien: se saborea en leer las objeciones *hasta la respuesta exclusivamente*, para no verse precisado á dejar los errores que le agradan y aplacen: lo que en la Escritura está repudado por una de las propiedades de los impíos, que dicen á la soberana luz, que es Dios: *Apartaos, Señor, de nosotros, que no queremos la ciencia de vuestros caminos*<sup>1</sup>. Así que, para decirlo todo de una vez, recorriendo las obras de este poeta, y fijando la vista especialmente en las últimas, vemos un hombre que habla continuamente de Religión como de una cosa que teme; lo que según Montesquieu es el carácter del Ateo. Vemos un hombre que sobre cada cuestión ha estudiado las objeciones hasta las respuestas exclusivamente: lo que en sentir del anónimo francés es el carácter de un *literato superficial*. Vemos un hombre que huye de la luz con que podría conocer la verdad; y esto según la sentencia de la Escritura es el carácter del impío. Ahora pues, si estos tres caracteres, por usar una frase suya, son los ingredientes que unidos componen el maravilloso fenómeno que se llama Voltaire, yo no me atreveré á decirlo; porque no gusto deducir consecuencias odiosas contra alguno: mas dejaré que él lo reflexione, y el lector sabio lo juzgará por sí mismo.

#### IX. Exámen de un pasaje importante de Rousseau.

Pero continuando nuestro propósito acerca de la osadía con que los libertinos publican sus errores, se nota que es en todos casi común, especialmente cuando se trata de algun punto de erudición sagrada. Rousseau, en la Carta al arzobispo de París, precisado á defender su *escepticismo*, como él lo llama, en orden á la *coexistencia de dos Principios*, con los sofismas de que se valen los Dualistas y que ya hemos disuelto, pone al pié de la página una magistral *anotación*, que no será fuera del caso copiar aquí íntegramente. «Es oportuno observar, dice<sup>2</sup>, » que esta cuestión de la eternidad de la materia, que » tanto ácalora á nuestros teólogos, lo hacia mucho me-

<sup>1</sup> Job, xxi, 14. — <sup>2</sup> En la Carta citada, nota 27.



» nos á los PP. de la Iglesia, no tan ajenos de la sentencia  
 » de Platon. Sin hablar de Justino Mártir, de Orígenes y  
 » de otros, Clemente Alejandrino está tan decidido por  
 » la sentencia afirmativa en sus *Hypotyposis*, que Focio  
 » por esta causa pretende que este libro ha sido falsifi-  
 » cado. Pero la misma opinión se halla también en los  
 » *Stromas*, en donde Clemente refiere la de Heráclito sin  
 » reprobársela. Es cierto que este Padre en el libro 5º  
 » procuró establecer un solo Principio; mas esto es por-  
 » que niega este nombre á la materia, aun admitiendo su  
 » eternidad. » ¿Es posible que los admiradores de este  
 filósofo, al verle escribir de este modo, se asombren de su  
 erudición como recóndita? ¿Qué conceptos, dicen, tan  
 nuevos y sublimes! — Sublimes no, nuevos sí verdaderamente  
 lo son; porque el que escribe de ese modo, ó no ha examinado de propósito este punto, ó se lisonjea  
 hallar lectores tan ignorantes que le crean sobre su pala-  
 bra. La importancia de la materia, y la ocasión que se  
 nos presenta de hacer ver á los incautos una nueva  
 prueba de la audacia de nuestros filósofos, nos mueve á  
 examinar este pasaje, en el que (si hemos de llamar las  
 cosas por sus nombres) son tantas las imposturas como  
 las palabras.

Decís que esta cuestión de la eternidad de la materia,  
 que inflama tanto á nuestros teólogos, inflamaba poquí-  
 simo á los PP. de la Iglesia menos desviados de los  
 sentimientos de Platon. Gracias á Dios, las obras de los  
 PP. ó sus fragmentos subsisten y están escritos en idiomas  
 inteligibles, de modo que basta tener ojos para decidir la  
 cuestión. Los PP. de la Iglesia miraron siempre la eter-  
 nidad de la materia como un fatalísimo error de Platon,  
 directamente opuesto á los mismos fundamentos de la  
 Religión; y por eso lo confutaron y proscribieron con  
 tanto ardor como nuestros teólogos. Pueden verse entre  
 otros á Tertuliano<sup>1</sup>, Teófilo Antióqueno<sup>2</sup>, Eusebio Ce-  
 sariense<sup>3</sup>, Dionisio Alejandrino<sup>4</sup>, Maximo<sup>5</sup>, Lactancio<sup>6</sup>,

<sup>1</sup> Lib. *adv. Hermog.* — <sup>2</sup> Lib. 2 *ad Autol.* — <sup>3</sup> *De Præpar. Evang.*, lib. 7, cap. 19. — <sup>4</sup> *Advers. Sabell.*, ab Eusebio loco citato relatus. — <sup>5</sup> *De materia*, apud Eusebium, *ibid.* — <sup>6</sup> *Divinar. instit.*, lib. 2, cap. 9.

Ireneo<sup>1</sup>, Ambrosio<sup>2</sup>, Atanasio<sup>3</sup>, Basilio<sup>4</sup>, Crisóstomo<sup>5</sup> y  
 Agustino<sup>6</sup>. ¿No bastan? Leed á Teodoreto<sup>7</sup>, Metodio<sup>8</sup>,  
 San Pedro Crisólogo<sup>9</sup>, Eneas de Gaza, y Zacarías de  
 Mitiline<sup>10</sup>. ¿Quereis aun mas? Unid á ellos todos los  
 griegos y latinos, que ó interpretando el Génesis, ó de  
 cualquiera otra manera tuvieron ocasión de hablar de  
 propósito ó por incidencia sobre este punto. Leedlos en  
 sus propios lugares, y vereis han hablado con la mayor  
 execración de esa materia coeterna é increada: que la  
 han considerado como un aborto de esa corrompida filo-  
 sofía que hombres profanos introdujeron para contami-  
 nar, si pudieran, la Religión. Vereis que esos mismos  
 hombres profanos, como Marcion, Hermias, y mas que  
 todos Hermógenes (los cuales á causa de tal error fueron  
 llamados *Materiales*) fueron condenados por la Iglesia  
 como herejes. Vereis también que los eficacísimos argu-  
 mentos con que los PP. los impugnaron nos dan á enten-  
 der consideraban esta sentencia, no como una simple  
 herejía, sino como una impiedad formal que atacaba la  
 soberanía, la unidad, la independencía, la omnipotencia  
 de Dios, y por consiguiente al mismo Sér divino: que  
 atribuyendo á la materia la eternidad y la independencía,  
 se venia á igualar á Dios con esa naturaleza vil, informe  
 y mudable: impiedades una y otra las mas horrendas  
 que se pueden proferir ó concebir. Vereis últimamente  
 que los mismos sofismas por que os mostrais inclinado á  
 la coexistencia de los dos Principios, y especialmente el  
 que se toma del *origen del mal*, están examinados por  
 los PP. y despreciados como ineptísimos. El libro solo de  
 Tertuliano contra Hermógenes podrá instruiros plena-  
 mente<sup>11</sup>. Algunas de las cláusulas del primer capítulo,  
 que aquí van expresadas, os podrán servir para entrar  
 preparado á la lectura de la obra. Por ahora me conten-

<sup>1</sup> Lib. 2 *advers. hæres.*, cap. 19. — <sup>2</sup> Lib. 1 in *Hexam.* — <sup>3</sup> *De Incarn. Verbi.* — <sup>4</sup> *Homiliæ* 1. — <sup>5</sup> *Homilia* 38 in *Acta Apost.* — <sup>6</sup> *Contr. Faustum*, lib. 20, cap. 14 et alibi. — <sup>7</sup> *Sermone* 4 *advers. Græcos.* — <sup>8</sup> *Apud Photium*; Cod. 236. — <sup>9</sup> *Serm.* 46.

<sup>10</sup> In *Theophrasio*, sive de *anim. immortal.* — *De mundi opificio cont. Philosophos.*

<sup>11</sup> *Tertul., adv. Hermog.*



taré con poner solamente algunos períodos de Teófilo Antioqueno en el 2º libro á *Autólico*, por donde vendréis en conocimiento de si los PP. estaban poco distantes de los sentimientos de Platon, y miraban este punto con indiferencia. « Platon y sus secuaces, dice Teófilo<sup>1</sup>, con-  
 » fiesan, á la verdad, que Dios es ingénito, padre y autor  
 » de todas las cosas; mas establecen tambien que Dios y  
 » la materia son ingénitos, y que esta es coeterna con  
 » Dios. Pero si Dios es ingénito, y la materia lo es igual-  
 » mente, ya Dios no es Criador de todas las cosas, segun  
 » los platónicos; ya desaparece la monarquía de Dios  
 » segun sus principios. Fuera de eso, así como Dios  
 » siendo ingénito es tambien inmutable, del mismo modo,  
 » si la materia es ingénita, seria tambien inmutable é  
 » igual á Dios. Porque lo que es criado, puede variarse  
 » y mudarse; mas lo que es increado, ni puede variarse  
 » ni mudarse. ¿Qué maravilla seria si Dios hubiese hecho  
 » el mundo de la preexistente materia? Tambien un ar-  
 » tífice humano, si otro le ministra la materia, forma de  
 » ella lo que quiere. Mas la potencia de Dios resplandece  
 » en que de lo que no es hace lo que le agrada: así  
 » como tambien el dar el alma y el movimiento no es  
 » propio sino de Dios solamente, porque aunque el hom-  
 » bre forma tambien una imágen, no puede darle ni la  
 » razon, ni la respiracion, ni el sentimiento. Mas Dios  
 » excede al hombre en esto, pues produce su obra dotada  
 » de razon, de respiracion y de sentido. Al modo pues  
 » que Dios es mas poderoso que el hombre en todo esto,  
 » así tambien lo es en producir las cosas de la nada, y  
 » en haber producido los entes cuales quiso y como  
 » quiso. » Este solo pasaje podrá hacer formar alguna  
 » idea del modo de pensar de los PP. sobre estos puntos,  
 » y de esa pretendida conformidad de su modo de opi-  
 » nar con el de Platon. Los argumentos de Teófilo los  
 » han usado tambien los otros; y aun añaden varios no  
 » menos fuertes y eficaces tomados ya de parte de  
 » Dios, y ya de la materia misma, á la que no se puede  
 » atribuir ser increada y eterna sin incurrir en muchas  
 » contradicciones. Cada uno por sí lo podrá ver fácilmen-

<sup>1</sup> Lib. 2.º n. 4.

te, y conocerá cuan siniestramente y contra toda ver-  
 dad habeis escrito, que la cuestion de la *materia eterna*  
 que tanto inflama á nuestros teólogos, inflamaba po-  
 quisimo á los PP. de la Iglesia menos distantes de los  
 sentimientos de Platon. — Pero es preciso atender á ese  
 cuerpo de reserva que producís contra el escuadron de  
 los PP. que acabo de citar. « Sin hablar de Justino Már-  
 » tir, de Orígenes y de otros, añadís, Clemente Alejan-  
 » drino está bien decidido por la sentencia afirmativa... »  
 Basta: ¿cómo, con una pretericion ó suspension quereis  
 hacer creer á vuestros prosélitos como cosa indubitable,  
 que Justino Martir y Origenes están de parte de Platon á  
 favor de una materia eterna é increada? ¡Ah! Si yo qui-  
 siese valerme con vos del estilo que habeis tenido valor  
 de usar con el Arzobispo de París, diria que aquí, aun  
 por solo el modo confuso y solapado de citar, se nota  
 « caminais sobre carbones encendidos, donde apenas os  
 » atreveis á fijar el pié: que me obligais á deteneros un  
 » momento en esta situacion dolorosa; pero que tendré  
 » la discrecion de abreviar este momento lo posible. » Mas  
 estos modos tan urbanos de escribir se quedan para solos  
 los filósofos que los saben usar bien; yo solo os pido me  
 oigais con tranquilidad ó con paciencia, como mas bien  
 os agrádare. — San Justino mártir no solo no defiende la  
*materia increada y eterna* de Platon; sino que la refuta  
 con tal género de demostracion, que basta para cubrir  
 de oprobio á cuantos *Materiales* hubo ó habrá jamás;  
 haciendo ver con evidencia que en aquella hipótesi  
 hubiera sido geoméricamente imposible la formacion  
 del Universo. « Una materia<sup>1</sup> coeterna é igual al artífice,  
 » como la supone Platon, debe resistir con su fuerza á la  
 » voluntad del mismo artífice. Porque el que no crió, no  
 » tiene poder alguno sobre lo increado; y así no puede  
 » hacerle alguna fuerza siendo libre y exento de toda ne-  
 » cesidad externa. De aquí es que Platon, en virtud de es-  
 » tos principios, que conocia muy bien, debió escribir se  
 » ha de conceder necesariamente que no se podia hacer  
 » á Dios (por ser increado y eterno) fuerza alguna. » Ved  
 ahí cómo discurre Justino, á quien poneis como cosa

<sup>1</sup> Justin., in *Cohortatione ad Græcos*, núm. 23.



cierta y asentada entre los partidarios de la materia eterna de Platón. El texto es tan claro y expresivo, que no necesita de explicación. Pasemos á Orígenes, que es otro de los que citais, y cuya sentencia á vuestro parecer es tan manifiesta, que no se puede tergiversar. Mas para ver si es así, hagamos esta breve reflexión. Eusebio, en el libro 7<sup>o</sup> 1 de la *Preparación evangélica*, poniéndose á confutar de intento el error gentilico de la *materia eterna é increada*, se sirve para ello de los testimonios de cuatro escritores que juzga los mas decididos, y que mas bien habían tratado esta cuestión. ¿Y sabeis cuáles son? Dionisio Alejandrino, Filon, Máximo y Orígenes; ese mismo Orígenes que habeis citado á vuestro favor. Podeis leer, si gustais, sus palabras en el Cesariense. Están tomadas del *Comentario* del mismo Orígenes sobre el *Génesis*, y contienen argumentos ineluctables contra Platón. Y aun despues de haberlas leído os estará bien dar una ojeada á lo que el mismo Padre griego escribe á este propósito en los *Comentarios sobre san Juan* 2, y me prometo corregireis esa vuestra crítica infeliz. En efecto, vuestro último asilo para sostener asercion general, de que los PP. de la Iglesia no se apartaban mucho de Platón sobre el punto de la materia increada y eterna, se reduce al fin á solo Clemente Alejandrino, que, aun cuando fuese de vuestro sentir, ya veis, por las observaciones hechas, que sin exponeros á la risa de los sabios no le podeis presentar á sostener él solo la persona de los PP. de la Iglesia contra el coro de los mismos PP. Pero es un hecho tambien indubitable que Clemente Alejandrino no es tampoco de esa opinion. Examinemos vuestras palabras: «Clemente Alejandrino, decís, está tan declaradamente » por la sentencia afirmativa en su *Hypotyposis*, que puntualmente por esa razon pretende Focio que esta obra ha » sido falsificada. » No solamente Focio, digo yo, sino todo hombre de juicio debe confesar que las *Hypotyposis* (obra que mucho tiempo ha pereció), segun que las leyó Focio, habían sido alteradas y corrompidas por hombres maliciosos. Y esto no solo como quereis hacer

1 Cap. 19 y sig.

2 Tom. 1, *Comment. in Joan.*, part. 2.

creer á causa de la materia increada y eterna, sino de otras seiscientas blasfemias, y aun portentosas de blasfemias de que las había llenado el loco y furioso corruptor 1. Tales son las palabras de Focio; quien además nos da una idea de estas enormes blasfemias, diametralmente contrarias á la doctrina de Clemente, que se lee en sus obras genuinas. Hablando despues el mismo Focio de los tres libros del *Pedagogo*, obra ciertísima del Alejandrino, dice así: «En nada se parecen estos libros á las *Hypotyposis*, porque carecen enteramente de aquellas estólicas y blasfemas opiniones; hasta el estilo es mas » florido, y acompañado de una suave y agradable gradadad; y en la variedad de los noticias que allí se » hallan, nada se encuentra que no esté como debe estar 2. » ¿Podrá pues vuestra crítica tener las *Hypotyposis* por obra incorrupta de Clemente Alejandrino? ¿Y pudo vuestra honradez dar á entender á los lectores inexpertos, que solamente la reflexión de no contradecir Clemente el punto de la *materia increada*, movió á Focio á decir que aquella obra estaba falsificada? Pero quiero hacer aun mas palpable la realidad de esta falsificación. Eusebio, que quinientos años antes de Focio había leído esta obra de Clemente, y forma un compendio en el libro 6<sup>o</sup> y capítulo 11 de su *Historia eclesiástica*, habla de ella con honor, y ni el mas ligero indicio dá de aquellas *blasfemias portentosas* que Focio halló despues. Eusebio, que además de ser un hombre de tan fina discrecion, impugnó valerosamente, como acabais de ver, la *materia eterna é increada*, ¿disimularia este impio error, y dejaria de reprobarlo si lo hubiese hallado allí? Es un argumento negativo, ya lo sé; pero unido á lo ya dicho y considerado en el debido aspecto, deberá vuestra crítica tenerle por de mucho valor. Y confesareis igualmente que la mano audaz de hombres perversos, lo que indicó tambien Rufino, alteró y pervirtió aquella obra despues de los tiempos de Eusebio, y así corrompida llegó á manos de Focio, y por tanto es indigna de citarse para hacer creer á Clemente defensor declarado de la *materia increada*. — Con todo eso insistís aun di-

1 Phot., *Cod.* 109. — 2 *Codice* 110.



ciendo : « Que la misma opinion aparece tambien en los » *Stromas*, donde Clemente refiere la de Heráclito sin » desaprobarla. » Es puntualmente el pensamiento, y aun casi las mismas palabras de Juan Leclerc en su primera *Carta crítica*, donde tiene la osadía de pretender que Clemente es defensor de la *materia increada y eterna*, valiéndose para ello de este pasmoso raciocinio : « En » el mismo libro (5º de los *Stromas*) no reprueba Cle- » mente la sentencia de Heráclito Efesino, que describe » con estas palabras, etc. <sup>1</sup>. » Pero este crítico en quien os habeis fiado ciegamente, os ha hecho dar un paso el mas anticrítico y resbaladizo que se podia imaginar. Omíto que el texto de Heráclito referido por el Alejandrino es muy oscuro y confuso, especialmente en el original griego. De manera que pretender sobre las palabras de un filósofo, llamado con razon *tenebroso*, fundar una acusacion de tanto bulto, como que Clemente Alejandrino haya creído *eterna la materia*, es una cosa demasiado mal fundada.<sup>2</sup> Pero supongámos que el texto de Heráclito fuese claro : ¿ luego en referirlo, y no impugnarlo, lo aprueba el Alejandrino? Falacisima consecuencia. ¿ Ignorais cuántas extrañas opiniones no solo de Heráclito, sino de Empedocles, de los Estóicos, de Platon, de Aristóteles, de Epicuro, y de otros así filósofos como poetas, refiere Clemente en aquel libro sin desaprobarlas? ¿ Y deberá inferirse de ahí que todas las aprobó y siguió? A la verdad que con esta especie de raciocinio ó método de discurrir vendria á transformarse este Padre de la Iglesia en un Proteo de los mas monstruosos que jamás se han visto en la república de las letras. ¿ Cuál es pues el asunto de Clemente Alejandrino en aquel lugar? ¿ Acaso tratar de la creacion del mundo, ó de la eternidad de la materia? No. Su tema es que *los filósofos griegos habian explicado las divinas Escrituras, y que gran parte de sus opiniones venian originariamente de aquellos sagrados libros mal entendidos* <sup>3</sup>. Con

<sup>1</sup> *Epist. crit. et eccles.*, ep. 1.

<sup>2</sup> El texto de Heráclito, referido por Clemente, se halla en el lib. 5 de los *Stromas*.

<sup>3</sup> Clemente Alejand., *ibid.*

este objeto refiere muchos dogmas erróneos de los Estóicos, y de Platon, y de Epicuro, y de Aristóteles, y de otros, indicando los lugares de los Libros sagrados, que á su parecer podian haberles dado ocasion á tales pensamientos. Y entre estas doctrinas filosóficas mencioná tambien la de la *materia eterna*, de la cual pretendian los filósofos que Dios hubiese criado el mundo; y conforme al pensamiento de Justino Mártir y Origenes, dice, que aquellas palabras del Génesis : *La tierra era invisible é informe*, les dieron ocasion de inventar esta sustancia material <sup>1</sup>. Con esta intencion refiere Clemente la sentencia de Platon, y despues la de Heráclito, si es que pensó de esa manera. ¿ Pues por qué reglas de crítica se podrá decir que este Padre, porque no impugna en aquel lugar esta impiedad, ya la ha aprobado? No era su objeto por entonces examinar la cuestion de la *materia increada*. Y sin embargo en el modo con que hace mencion de este dogma nos indica el oráculo de la Escritura mal entendida de los filósofos, de donde creyó que lo habian ellos deducido. Así menciona tambien poco despues el dogma del *acaso* de Epicuro, tomado de la mala inteligencia de las otras palabras : *Vanidad de vanidades y todo vanidad* : despues la opinion de Aristóteles de que la Providencia no se extiende sino hasta el cielo de la Luna, y esto á su parecer fundado en las palabras del salmo : *Señor tu misericordia está en el cielo, y tu verdad hasta las nubes*. Pues si seria una injusticia ó una patente necedad acusar de estos errores de Aristóteles ó de Epicuro á Clemente Alejandrino, porque los refirió sin impugnarlos, ¿ cómo se deberá llamar vuestra crítica, ó la de aquel á quien ciegamente habeis seguido, en hacer secuaz de la *materia eterna* al mismo Padre, por haber referido con la misma intencion los sentimientos de Platon y de Heráclito, sin haber mostrado su falsedad? Leed el libro, examinad los pasajes, y conocereis vuestro descuido; y si es así, tampoco Clemente Alejandrino os favorece, ni podeis indicar en todas sus obras un pasaje en que se afirme la existencia de la *materia increada*; antes bien leyéndole atenta-

<sup>1</sup> Clemente Alejand., *ibid.*



mente, aunque no examine de intento la cuestión, reconocereis todo lo contrario. Luego aquella vuestra anotación: «de que los PP. de la Iglesia, como menos» distantes de los sentimientos de Platon, á diferencia» de nuestros teólogos se inflamaron poco sobre la cuestión de la *materia increada*; y particularmente Justiniano, Orígenes y Clemente Alejandrino la enseñaron,» es falsa en un todo, y contiene, como hemos dicho ya, tantas imposturas como palabras.

No se lleve á mal si nos hemos detenido demasiadamente en confutar esta simple anotación. La importancia del asunto, y la osadía del escritor ginebrino en afirmar lo que no hay, nos han empeñado en ello. Tratábase de los PP. de la Iglesia, acusados de una impiedad que destruía enteramente la Religión, y de haberles imputado un error tan absurdo, sin vacilar y sin manifestar duda sobre ello, antes bien con un tono dictatorio de la mayor resolución. Y por otra parte ¿cuántos lectores de aquella *Carta* errónea y atrevida se habrán tomado el cuidado de examinar las obras de los PP., y buscar en sus fuentes la verdad? Ello nos servirá para conocer la buena fe, el candor y el amor de la verdad de que están animados los incrédulos y escritores libertinos. Con dificultad se podrá creer que Rousseau ignorase las muchas falsedades de que está llena su *anotación*: se aparenta él muy erudito, y demasiadamente ilustrado para dejarlo de conocer. Mas para luchar contra la verdad no se podía usar de otras armas; y estas manejadas con aquel aire osado y decisivo, propio suyo, eran las mas temibles para hacer una fuerte impresión en los espíritus débiles é inexpertos.

X. *Modo con que estos artificios de los libertinos hacen caer en el lazo á los lectores incautos.*

Para volver pues á nuestro asunto, reflexione el sabio lector por sí mismo con cuánta razón hemos contado por uno de los manantiales de la moderna incredulidad la lectura de estos libros perversos, que inundan nuestras provincias. ¿Cómo podrá conservar intacta y firme su Religión á vista de medios tan artificiosos el que no es capaz de refutarlos, ni aun de conocer su falsedad? En-

trará en su lectura con una especie de buena fe, en consideración á las protestas de respeto á la Religión, que es el primer *artificio de los escritores libertinos* para cebar á los incautos. Engolfado despues en la obra, se hallará enredado y envuelto en mil gravísimas dificultades, cuya fuerza procede particularmente del extraño método de disputar, que es tambien el *otro engaño* de que usan los incrédulos, y los lectores inexpertos ni observan ni llegan á entender. Se hallará últimamente como vencido y forzado en virtud de aquel tono franco y atrevido con que se expresa la impiedad, y publica sus falsedades, con lo que al lector sencillo se le priva hasta de la sospecha de ser engañado, y mucho mas de examinar los errores que se le anuncian como oráculos de verdad.

## CAPÍTULO IV.

Continúa el asunto de los libros perniciosos.

### I. *Nuevo lazo que halla el lector en los libros perniciosos.*

Aunque los artificios mencionados hasta aquí, y de que están llenos los libros de los libertinos, sean por su naturaleza á propósito para deslumbrar á los sencillos, y precipitar poco á poco al lector incauto en el abismo de la impiedad, todavía no para ahí todo el veneno de estas infelices producciones. Todos los artificios indicados se dirigen á deslumbrar al entendimiento; pero hay otros que directamente se ordenan á seducir el corazón. Nada en realidad se lee mas frecuentemente en estos libros que el nombre de virtud, de honestidad y de moral; mas de ordinario estas son meras palabras y bellas descripciones, sin verdadero sentido ni acción. En este mismo libro se ha examinado y bosquejado ya fielmente la moral de los incrédulos. Los cuentos torpes é imágenes escandalosas que de ordinario forman la erudición y el adorno de sus obras, estimulan vivamente la fragilidad